



LA DECLARACIÓN DE TORONTO

Como abuelas de África y Canadá, nuestras similitudes nos unificaron en Toronto durante tres días en agosto de 2006: nuestro amor profundo y devoción imperecederos hacia nuestros hijos y nietos; nuestra preocupación profunda por los estragos que el VIH/SIDA ha ocasionado en el continente de África, y, en particular, a las mujeres y los niños; y el entendimiento de que llevamos dentro de nosotros todo lo que necesitamos para superar los obstáculos que parecen insuperables. Somos fuertes, somos decididas, somos recursivas, somos creativas, somos resistentes y poseemos la sabiduría que se adquiere con la edad y la experiencia.

Desde un lado del globo, somos abuelas africanas de Kenia, Malawi y Mozambique; de Namibia, Ruanda, África del Sur y Suazilandia; de Tanzania, Uganda, Zambia y Zimbabwe que estamos criando a los niños de nuestros amados hijos e hijas difuntos. Llegamos al final de esta reunión histórica llenas de emociones: estamos agradecidas por la oportunidad que se nos ha brindado – por fin – de hacernos oír. Sentimos un gran alivio de haber tenido la oportunidad de contar nuestras historias, de compartir nuestras experiencias, de describir nuestras penurias y nuestro dolor, de compartir las ansiedades y expresar la tristeza que nos abatió a finales de nuestra vida y de recibir el reconocimiento respetuoso del sufrimiento continuo que cicatriza nuestra existencia diaria.

Cada una de nuestras historias es distinta, cada una de nuestras experiencias es singular y, sin embargo, estamos aquí como representantes de mujeres innumerables que comparten nuestra tragedia: por cada una de las abuelas presentes aquí, hay cincuenta, sesenta, setenta *mil* en casa. Tenemos necesidades hoy mismo, necesidades a corto plazo y necesidades que nunca desaparecerán. Es nuestro deber solemne hacia millones de abuelas que nunca han sido escuchadas lo que nos da el valor para elevar esas necesidades a exigencias – a nombre de ellas y a nombre de los niños bajo su cuidado.

Hoy día, exigimos la atención de los poderosos: estas palabras están dirigidas a los organizadores de la conferencia y a los 25,000 delegados reunidos en la XVI Conferencia Internacional del SIDA; al gobierno anfitrión, Canadá; al Fondo Global para la Lucha contra el SIDA, la Tuberculosis y la Malaria; y a las Naciones Unidas. Vale la pena escuchar a las abuelas. Exigimos que nos escuchen.

A corto plazo, no necesitamos mucho, pero necesitamos lo suficiente: *lo suficiente* para proteger la salud de nuestros nietos y de nosotras mismas; *lo suficiente* para alimentarlos, para tener un techo y ropa para protegerlos; *lo suficiente* para colocarlos en una escuela y mantenerlos allí el tiempo necesario para asegurar su futuro. Lo que nosotras necesitamos es capacitación, porque las técnicas que

aprendimos mientras criábamos a nuestros hijos no nos prepararon para criar a nuestros nietos que viven desconsolados, empobrecidos, confundidos y sumamente vulnerables. Necesitamos la garantía que cuando se envíe ayuda, que llegue más allá de las ciudades y alcance los pueblos donde vivimos. A largo plazo, necesitamos seguridad. Necesitamos ingresos regulares e independencia económica para borrar para siempre nuestra constante preocupación de cómo y si nuestras familias sobrevivirán.

Nosotras las abuelas merecemos tener esperanza. Nuestros niños, como todos los niños, se merecen un futuro. No criaremos niños para la tumba.

Desde otro lado del mundo, nosotras somos abuelas canadienses, acercándonos al final de nuestra reunión, iluminadas, decididas, humildes y unidas a nuestras hermanas africanas. Nos mantenemos firmes en nuestro compromiso a dar parte de nosotras porque tenemos *tanto* que dar – tantos recursos, una gran abundancia relativa de tiempo, tanto acceso, tanta influencia, tanta empatía y compasión. Reconocemos que nuestras amigas africanas están siendo consumidas cada día por el asunto de sobrevivir, y, por lo tanto, les hemos ofrecido – y ellas han aceptado – el préstamo de nuestras voces. Nos hemos comprometido a actuar como embajadoras de ellas, subiendo el volumen de sus historias de que han sido suprimidas por tanto tiempo hasta que sean escuchadas, entendidas y se actúe al respecto. Prometimos presionar al gobierno, a los dirigentes religiosos y a la comunidad internacional. Estamos comprometidas a movilizar fondos, y a reclutar a más embajadoras de entre nuestras hermanas en Canadá. Estamos dedicadas a encontrar maneras de poner claro que las abuelas de África ocupan un lugar en nuestro corazón y en nuestros pensamientos no sólo hoy, sino todos los días. Estamos sumamente conscientes de la enorme deuda que se le debe a una generación de mujeres que pasaron su juventud liberando África, su edad mediana reviviéndola y su vida de edad avanzada manteniéndola. No descansaremos hasta que ellas puedan descansar.

Tanto africanas como canadienses, llegamos a nuestra reunión de abuelas con grandes expectativas, pero también con aprensiones persistentes. Nos preocupamos de que el sufrimiento – el nuestro propio y el de nuestras hermanas – fuera inconsolable. Albergamos temores de que las barreras idiomáticas nos separarían. Nosotras, las abuelas canadienses, nos preocupamos de que nuestra capacidad para ayudar podría reducirse solamente a la recaudación de fondos; nosotras las abuelas africanas nos preocupamos de que nuestra situación desesperada nos harían a un lado como víctimas en lugar de heroínas. Pero el amor especial que toda abuela conoce nos motivó a hacer el viaje, y la sabiduría de nuestros años nos animó para enfrentarnos a nuestros temores. Nuestro valor mereció la pena. Las costumbres de antaño africanas de hablar sin palabras derrumbaron nuestras barreras de comunicación. Hicimos gestos y asentimos con la cabeza. Y cantamos. Bailamos. Tocamos tambores. Nos reímos y aplaudimos, y lloramos y nos abrazamos. Por medio de nuestro nuevo descubrimiento – la solidaridad de abuela a abuela – nos apoyamos a nosotras mismas, y la una a la otra, a través del sufrimiento hasta llegar adonde estamos esta mañana.

Que éste sea el albor del movimiento de las abuelas.

Toronto, Canadá
13 de agosto de 2006



www.stephenlewisfoundation.org